



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: América Latina: qué hacer con 500 años de historia

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1992). América Latina: qué hacer con 500 años de historia. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 207-214.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

AMÉRICA LATINA: QUÉ HACER CON 500 AÑOS DE HISTORIA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

I

HACE QUINIENTOS AÑOS, en 1492, el viaje de Colón descubrió no sólo un nuevo continente, sino universalizó la historia al tomar conciencia el europeo del mundo que hasta entonces le era desconocido. Quinientos años después, ominosos signos hacen prever el intento de volver al vacío de conciencia europea al mundo que había entrado en ella. Esta tierra ignota, que tan cara y necesaria era para Europa, parece ya no ser necesaria en el futuro de sus pueblos que consideran se bastan ya a sí mismos, de vuelta a la autarquía que mantuvo la frágil unidad de la antigua Grecia. El mundo ayer necesario, y por ello buscado, resulta ser prescindible para la Europa que ha realizado su utopía. La utopía ha terminado, los sueños son ya realidades que no tienen que ser tocadas y, con ello, afectadas por nuevos proyectos que no sean el del propio y peculiar desarrollo. América ha dejado así de ser el futuro de Europa. Europa se basta a sí misma y se autoabastece. Se habla de alzar barreras y muros que impidan que un mundo ya innecesario, que incluye a todos los pueblos que a partir de esa fecha fueron instrumento de realización de la utopía europea, perturbe lo realizado.

Al vacío parece ser lanzada toda la historia que se originó en el Nuevo Continente, a partir de ese 1492, inicio de la conquista y colonización del Caribe ampliado en 1519 a toda la tierra firme del continente bautizado como América. Es en la larga noche de la colonia que se gesta el peculiar género humano que dará sentido y perfil a la región que se llamará a sí misma América Latina. La historia de la lucha por la emancipación de estos pueblos en defensa de la dignidad de sus hombres. Y al triunfo, la lucha para enfrentar a

otros pueblos fuera y dentro del continente que pretenden ocupar los vacíos de poder del coloniaje ibero. En Panamá, poco antes de convocar Simón Bolívar a los pueblos que se han liberado del coloniaje, expresa sus temores frente a la otra América que inicia la emancipación de la región contra el coloniaje europeo, pero que se prepara para ocupar el lugar del mismo en la misma región. ¿Puede asociarse esta nuestra América con la América del Norte?, pregunta Bolívar. Las posibles ventajas, contesta, "no disipan los temores de que esa poderosa nación sea en lo futuro soberana en los consejos y decisiones de la Asamblea y su voz sea la más penetrante, y su voluntad y sus intereses sean el alma de la Confederación que no se atreviera a disgustarla por buscar ni echarse encima un enemigo irresistible. Éste es, en mi concepto, el mayor peligro que hay en mezclar a una nación tan fuerte con otras débiles". De esta fuerza y sus intenciones pronto darán fe México en 1847 y Centroamérica en 1855.

Tal es la preocupación de Francisco Bilbao de Chile, de José María Torres Caicedo de Colombia, de José Martí de Cuba y de José Enrique Rodó del Uruguay. En 1898 la misma y poderosa nación está ya preparada para expulsar el colonialismo europeo e imponer el propio. Poco antes, en 1889, convoca a los países de la América Latina para integrarlos dentro de su propia concepción panamericana. España será así la primera nación europea expulsada de América para extender el americanismo sostenido por el presidente Monroe frente al bolivarismo: "América para los estado-unidenses". Al iniciarse el siglo xx surgen nuevas formas de integración latinoamericana frente al nuevo expansionismo. Se expresa el nacionalismo antiimperialista reclamando el derecho de autodeterminación de los pueblos, el mismo reclamo que los Estados Unidos habían hecho en su revolución de independencia en 1776.

A la revolución antiimperialista que se inicia en México en 1910, se agregará la revolución socialista que se inicia en Rusia en 1917. Dos grandes guerras mundiales y al término de la segunda una guerra fría en la que se enfrentan los dos grandes vencedores de esta guerra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Dos concepciones, dos sistemas, el capitalismo y el comunismo. Dentro de este enfrentamiento quedan comprendidas las viejas demandas nacionalistas y anticolonialistas de los pueblos de la América Latina y de otras regiones de la tierra bajo dependencia. La guerra fría justificará la ocupación, no sólo de los vacíos de poder que deja el colonialismo europeo en el mundo, sino de la misma Europa. Una

parte, la oriental, será ocupada por la Unión Soviética, la otra, la occidental, por los Estados Unidos en supuesta defensa de la justicia o la libertad. Guerra fría cuyo costo hay que pagar con el sacrificio del bienestar de los pueblos bajo el comunismo y bajo coloniaje. Así llegamos a nuestros días en que se da un nuevo y extraordinario viraje a la historia. Un viraje en el cual, el continente que Colón hizo entrar en la conciencia europea, se pretende enviar al vacío de esa misma conciencia.

Poco antes de los sucesos que originan en Europa el cambio de 1989, la Europa Occidental se venía preparando para sacudirse el yugo que, en nombre de su seguridad, le imponían los Estados Unidos, como la Unión Soviética a la otra Europa. Buscaba su integración, la creación de una Comunidad que le permitiese conciliar los encontrados intereses que habían originado las dos grandes guerras mundiales. En 1986 asume la conducción de la Unión Soviética Mijail Gorbachov. En su primer informe da a conocer la política que seguirá la denominada perestroika. Había que salirse de la guerra fría para que los pueblos bajo el socialismo pudiesen alcanzar ese mínimo de bienestar social y de libertad que ofrecía el socialismo. Sólo la paz podrá permitir dar fin a la carrera armamentista.

Unilateralmente la Unión Soviética pone en marcha esta política para de esta forma elevar los niveles de vida de su pueblo y de los pueblos bajo su hegemonía, y también para responsabilizarlos de la evolución de sus naciones. La puesta en marcha de esta política hace entrar en crisis la supuestamente obligada presencia armada de los Estados Unidos en Europa, ante un posible ataque soviético. El costoso aparato militar queda sin justificación ante los cambios que estaba originando la perestroika. Los acontecimientos se precipitan en 1989 con la democratización de los países de la Europa del Este y la Unión Soviética. Sin violencia, salvo en Rumania, se abandona el socialismo real impuesto por el stalinismo. Caen murallas y, con ellas, el muro de Berlín.

Todo ello beneficiará a la Europa Occidental, que puede acelerar su integración haciendo innecesaria la presencia armada en sus países. Se habla ya de la Casa Común Europea. Los Estados Unidos están obligados a hacer lo que tendrán que hacer los soviéticos, retirarse. El sueño de integración europea es ya posible como realidad. Frente a esta posibilidad, los pueblos que ayer le eran tan necesarios para el unilateral desarrollo europeo, son ya prescindibles. Tendrán que levantarse murallas de seguridad para no dejar

entrar, como antes se levantaron para no dejar salir. Europa ha de rollado con mayor eficacia la economía de mercado que está haciendo su grandeza. Economía para la que no están suficientemente preparados los Estados Unidos, enfrascados como la Unión Soviética en la fabricación de armamentos que garanticen su hegemonía.

Al otro lado del mundo algo semejante sucede con otro de los grandes vencidos de la guerra, el Japón. País que, por no tener que participar en la carrera armamentista, ha podido también desarrollar la industria para esa economía de mercado que se presenta como el fin de toda historia. No sólo la América Latina, sino todo el continente americano, incluidos los Estados Unidos, puede pasar al vacío de la conciencia europea. Estos pueblos no son ya necesarios, son prescindibles.

Los Estados Unidos se resisten, sin embargo, a pasar al vacío y a no participar en el futuro de Europa. Para ello ponen en la balanza de esta decisión el poderoso armamento que han construido para supuestamente defender a Europa del peligro comunista. En la Guerra del Golfo mostrará la eficacia de tal armamento, no ya contra el comunismo, sino contra cualquier intento del Tercer Mundo por alterar la libertad y prosperidad del Mundo Occidental como totalidad. A regañadientes Europa acepta la nueva protección a cambio de obligadas concesiones. Sin embargo, la América Latina, considerada como prescindible para Europa, no lo es para los Estados Unidos, obligados a retornar a su propio continente. Si Europa está creando un Mercado Común y el Asia hace lo mismo ¿por qué no podrán hacerlo los Estados Unidos con todo el continente americano?

II

EL ejército soviético, al retirarse de la Europa del Este, plantea la misma obligación en la Europa ocupada por los Estados Unidos. La estadounidense Jeanne Kirkpatrick escribe frente al nuevo panorama: "Europa está una vez más, absorta en sí misma, creando sus propias relaciones complejas de poder. Y Estados Unidos está libre para regresar a Casa". *Go Home!*, podría concluirse. Pero no sólo en Europa se retiran los Estados Unidos de su imperio, también en el Pacífico va sucediendo algo semejante. En este lugar está la presencia activa del Japón, que con Alemania, fue uno de los grandes vencidos de la Segunda Guerra Mundial. Jeanne

Kirkpatrick habla de trilateralismo: "Parece ser la visión trilateral —dice— que hace que Japón y Alemania sean protagonistas, junto con los Estados Unidos, de una nueva diplomacia triangular activa basada en la realidad de la gran potencia económica de estas tres naciones". Sin eufemismos, el gran imperio estadounidense se divide en tres. Japón no sólo propicia al bloque que se designó como Cuenca del Pacífico, también pesa fuertemente en la economía interna de los Estados Unidos. El poder económico de Japón en los Estados Unidos, que tienen un alto déficit comercial y una gran deuda motivada por el empeño por mantener su presencia militar en el mundo, que resulta innecesaria, lo hace depender de aquella nación. Kirkpatrick habla de "El notable descenso de la potencia económica estadounidense y la creciente dependencia de Estados Unidos al Japón" y agrega: "Todos saben del déficit comercial estadounidense y del aumento de las inversiones japonesas en Estados Unidos (66 mil millones de dólares en 1989)".

Esto es, no sólo los Estados Unidos están siendo obligados a replegarse; también están recibiendo los efectos de la pujanza económica japonesa como los recibe de Alemania y de Europa en general. Los bloques al Este y Oeste de los Estados Unidos los obligan a aceptar el trilateralismo impuesto por sus competidores. ¿Cuál es entonces el campo de acción de poder de los Estados Unidos? El resto del continente americano, Canadá y la América Latina. La historia en su marcha obliga a los Estados Unidos a regresar a casa y con ello al Continente del que son parte dentro de una región vista tan sólo como complementaria de sus intereses, como el patio trasero de su casa.

Es en este horizonte, dentro de este contexto, que la América Latina ha de forjar su futuro. Un futuro en el que ya no caben soluciones que, en forma alguna, han sido viables. El antiimperialismo puro y simple que fue parte de nuestra historia en el siglo xx no tiene ya sentido en las relaciones internacionales que ahora se hacen expresas. Los enfrentamientos que fueron posibles dentro de la guerra fría carecen de valor en una guerra que ha perdido su vigencia. Las grandes naciones comunistas se abren ahora a otros campos, incluyendo la Unión Soviética, y quieren ser parte del bloque de intereses que se están formando en Europa como totalidad. Los apoyos que a las luchas de liberación encontró Latinoamérica en la Europa bajo sistema comunista dejan de existir. El capitalismo no es ya el enemigo a vencer, sino un modo de vida que puede también estar al alcance de los pueblos hasta ayer al margen del mismo.

Se trata ahora de extender el modo de vida capitalista a todos los hombres y pueblos de la tierra, sin discriminación; el socialismo toma así otra dimensión, toma rostro humano. Los muros para no dejar salir de los países socialistas caen; ahora se levantan muros para no dejar entrar al capitalismo, para que no disminuyan sus intereses y prosperidad. ¿Qué sentido tiene ahora el antiimperialismo para la América Latina? Por supuesto, el que tendrá como defensa frente a las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos para hacer de los pueblos instrumento de sus peculiares intereses. En este horizonte el imperialismo mismo resulta obsoleto fuera de la guerra fría. La hegemonía imperial como la concebían los Estados Unidos y la Europa Occidental carece de sentido en un mundo en el que más que imponer intereses se trata de conciliarlos. Así se explica la integración europea que abarcará todo el Viejo Continente. Así está sucediendo en la llamada Cuenca del Pacífico. En uno y en otro lugar, las naciones se agrupan para proteger y estimular sus ineludibles intereses. El viejo sentido de hegemonía imperial resulta así obsoleto. En Europa se integran las naciones en otra forma que no es ya la de la propia hegemonía imperial; naciones económicamente tan distintas como Alemania y Francia se integran con Portugal y Grecia. Se ven como parte de una gran familia en la que cada uno ha de actuar, potenciándose y potenciando a las otras, de acuerdo con sus respectivas posibilidades. Europa ha renunciado al colonialismo, no necesita de colonias. Es más, le estorban los compromisos con las que fueran sus colonias, compromisos que originó el mismo coloniaje. Se sienten incómodas con la presencia dentro de sus entrañas de gente que la misma Europa llevó para hacer un trabajo sucio que deja de serlo. En Asia, el imperialismo japonés ha pasado a la historia, y en su lugar se forman ahora bloques de países que podrán fortalecer la región.

¿Qué va a pasar en la América Latina? ¿Qué va a pasar en América como totalidad una vez que regresen los Estados Unidos para concentrarse en ésta que consideran es su exclusiva casa? ¿En ese obligado reparto tripartito de poder económico, los Estados Unidos van a mantener en el Continente la vieja relación hegemónica haciendo de sus diversos pueblos, simple instrumento de sus intereses? Fukuyama ha hablado del fin de la historia como del triunfo absoluto de la economía de mercado. Pero un triunfo que no es el triunfo del indiscutido líder del sistema, los Estados Unidos, el cual está ahora obligado a compartir el liderazgo. Es más, obligado a estimularlo en otras zonas del mundo como la marginada América al sur de sus fronteras. Lo que hace Europa y lo

que está haciendo Asia para incrementar su economía global lo tendrán que hacer los Estados Unidos en la región de la que ahora tienen que ser ineludible parte. ¿Cómo lo harán?

Los Estados Unidos no querían de la América al sur de sus fronteras otra cosa que materias primas baratas y trabajo igualmente barato. Pero una región a la que se venía obligando a regalar sus materias primas y trabajo, no puede ser, obviamente, un buen mercado de los productos de la industria estadounidense. ¿Qué otro mercado seguro puede haber para esta industria? ¿Europa? ¿Asia? Obviamente, allí la tremenda competencia les está obligando a retirarse e, inclusive, a pasar a ser simple mercado de la misma. Para que haya mercado en la América Latina, la región ha de vencer, previamente, el subdesarrollo que le viene siendo impuesto. Ha de vencer la tremenda carga de la deuda originada en el mismo. Una región yerma, desolada, como la que se está haciendo patente a lo largo de la región, mal puede ser parte de una economía de mercado si se limita a ser simple donador de materias primas y mano de obra barata. Tiene que entrar en el nuevo sistema en otra relación como están entrando ya los pueblos de la Europa del este en la Comunidad Europea. El presidente de los Estados Unidos, George Bush, ha hablado de un cambio en la relación, proponiendo que la América Latina pase a ser parte del sistema de la economía de mercado abriendo, previamente, las posibilidades de su obligado desarrollo; mercado no sólo para comprar, sino también para vender. ¿Se va a pasar del lema monroísta de "América para los estadounidenses", a un auténtico "América para los americanos"? Esto es, a una América para todos y cada uno de los pueblos que forman este Continente sin discriminación alguna.

La propuesta estadounidense puede ser buena para toda la región si los Estados Unidos la aceptan como lo que es, como una necesidad para sí mismos. Los Estados Unidos necesitan de la América Latina para que su poderío económico no se angoste y se asfixie. Pero ello implica un cambio de mentalidad, el poner de lado la arrogancia imperialista que aún se hace patente con toda su fuerza en el empeño por imponer sus criterios políticos e, inclusive, morales. Patente en el afán por hacer prevalecer sus leyes sobre las de otros pueblos y en su empeño por erigirse en jueces supremos de los derechos de autodeterminación de los pueblos. Si este criterio va a seguir privando, difícilmente podrán los pueblos de la América Latina desarrollarse y crecer, para así participar en otra relación que no puede ya ser la de dependencia. En Europa lo que se

trata de evitar es, precisamente, el predominio de cualquiera de los miembros de la Comunidad que se está formando. Así tendrá que ser también en esta América para el logro de un desarrollo que ha de ser común, equitativamente compartido.

Para ello la relación entre los pueblos que forman esta América tendrá que ser la que a lo largo de la historia de América Latina se ha venido buscando, la relación solidaria en la que soñaron hombres como Simón Bolívar. Una Nación de Naciones, sin predominio de ninguna de ellas, Nación de Naciones empeñada en un mismo y absoluto desarrollo que no implique, en forma alguna, el sacrificio de la identidad de cualquiera de las regiones. Desarrollo económico común para afianzar lo propio de cada pueblo sin menoscabo de lo propio de los otros pueblos. Por ello, ahora más que nunca se hace urgente la creación del instrumental que permita la relación solidaria que ha de privar entre los pueblos de la región calificada de latina. Sólo la unidad, la integración de intereses en la libertad, podrá evitar que cualquier potencia imponga sus criterios. En este sentido la América Latina deberá también buscar la diversificación de sus relaciones para el común desarrollo e independencia al uno y al otro lado de sus mares. Y a partir de esta comunidad de intereses y la diversificación de sus posibilidades, buscar, sí la integración continental, que incluye a los Estados Unidos, pero en otra relación que no sea ya la de instrumento ni de dependencia. Los Estados Unidos necesitan de la América Latina como la América Latina necesita de los Estados Unidos y de otros pueblos de la tierra, pero en otra relación que no puede seguir siendo la que le había venido imponiendo. Todo el mundo necesita de los productos que está creando el sistema capitalista en su extraordinario desarrollo, pero no para ser simple instrumento de la creación de los mismos, sino también activo consumidor de ellos para un modo de vida que no puede seguir siendo exclusivo de determinadas minorías. La cumbre Iberoamericana realizada recientemente en México mostró las posibilidades de esta obligada integración, al mismo tiempo que el de las relaciones posibles de la América Latina con Europa a través de pueblos con los cuales mantiene fuertes lazos de sangre y de cultura. Será difícil mandar al vacío de la conciencia europea a pueblos que suman casi 500 millones de habitantes, con grandes riquezas y grandes espacios en donde actuar.